

1222

Suplemento cultural el tlacuache

CENTRO  INAH MORELOS

25 AÑOS

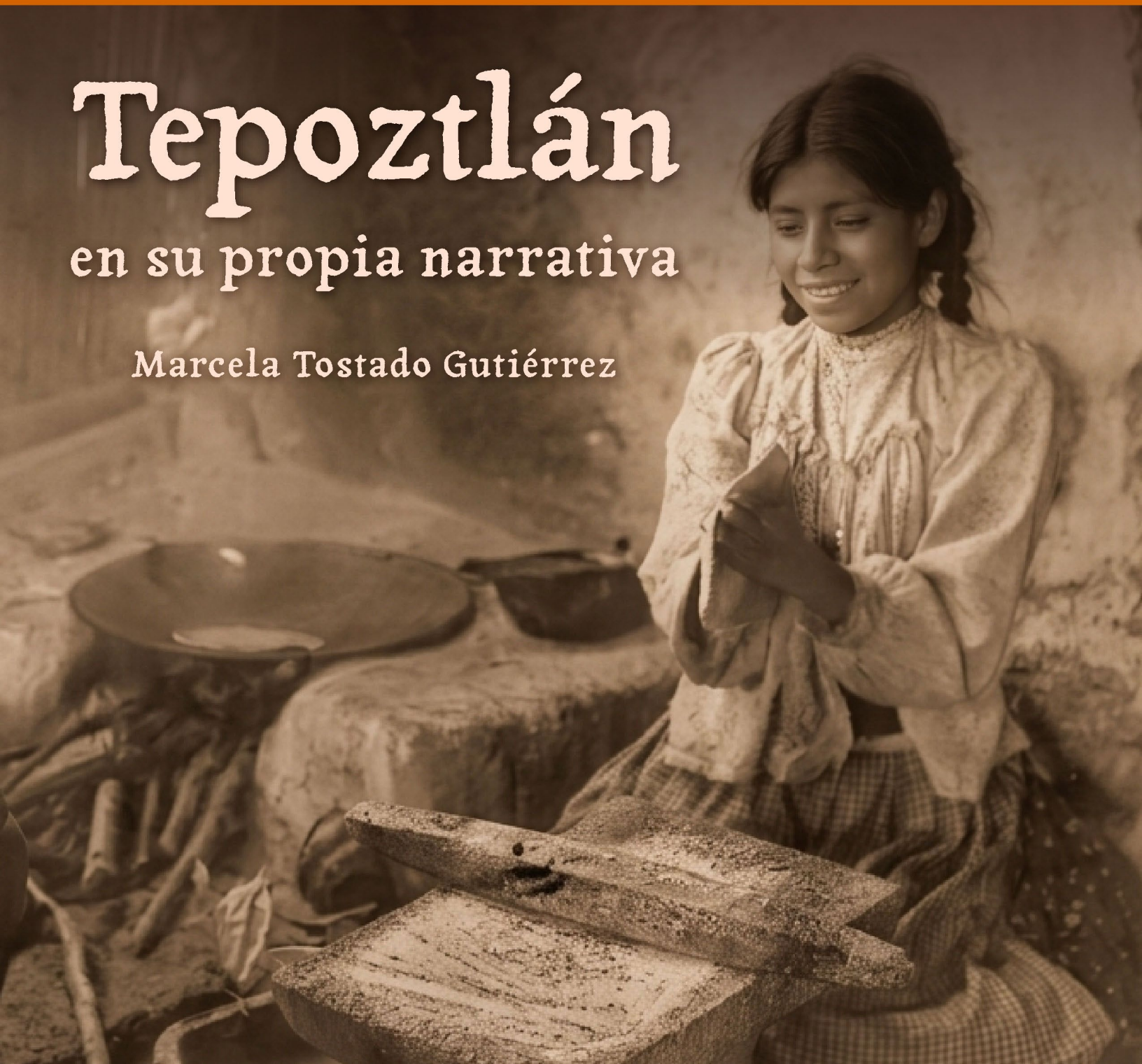
Viernes 20 de marzo, 2026

ISSN-3061-7391

Tepoztlán

en su propia narrativa

Marcela Tostado Gutiérrez





Suplemento cultural el tlacuache, núm. 1221, viernes 20 de marzo de 2026, es una publicación semanal editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura, Córdoba 45, col. Roma, alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06700, Ciudad de México.

Editor responsable: Marcela Tostado Gutiérrez.

Página web: <https://www.revistas.inah.gob.mx/index.php/eltlacuache>

Correo: tlacuache.mor@inah.gob.mx

Reservas de derechos al uso exclusivo: 04-2023-072713391600-107.

ISSN-3061-7391, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor.

Responsable de la última actualización de este número: Marcela Tostado Gutiérrez.

Centro INAH Morelos. Dirección: Mariano Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos. Fecha de última modificación: 20 de marzo, 2026.

Las opiniones vertidas en los artículos del Suplemento cultural el tlacuache son responsabilidad de los autores.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin la previa autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia.



Órgano de difusión de la comunidad del INAH Morelos

Consejo Editorial

Erick Alvarado Tenorio

Giselle Canto Aguilar

Eduardo Corona Martínez

Raúl Francisco González Quezada

Mitzi de Lara Duarte

Luis Miguel Morayta Mendoza

Tania Alejandra Ramírez Rocha

Lorena Reyes Castañeda

Marcela Tostado Gutiérrez

Karina Morales Loza

Coordinación de difusión

Emilio Baruch Quiroz Tellez

Formación y diseño

Centro de Información y Documentación (CID)

Apoyo operativo y tecnológico

Crédito portada/contraportada:

Matrimonio tepozteco, primera década del siglo XX. Fototeca del Centro de Documentación Histórica de Tepoztlán. Fotografía donada por Eulalia Rojas en 1994.

Sigue nuestras redes sociales: [f](#) [i](#) [v](#) [t](#) /Centro INAH Morelos



Resumen

Este artículo destaca la importancia de las narrativas locales autogeneradas: las autobiografías, los relatos orales, las crónicas, la correspondencia epistolar, los diarios personales, constituyen un valioso registro de la vida cotidiana y nutren la memoria de pequeños grupos o localidades: familia, barrio, pueblo.

La especificidad de nuestras circunstancias particulares, de nuestra historia “micro”, nos hace únicos e irrepetibles, de ahí la importancia de no diluirla en el registro de procesos históricos que dan poca cuenta de “nosotros”.

En un camino de ida y vuelta entre lo local (la microgeografía social) y lo global (regional, nacional, internacional), el historiador puede encontrar explicación a lo sucedido en “el terruño” pero, sobre todo: dimensiona, humaniza, da nombre y apellido a los sujetos anónimos inevitablemente tejidos en urdimbres de diversa escala.



Doña Vicenta Villalba †,
curandera de Amatlán, Tepoztlán.

Marcela Tostado Gutiérrez

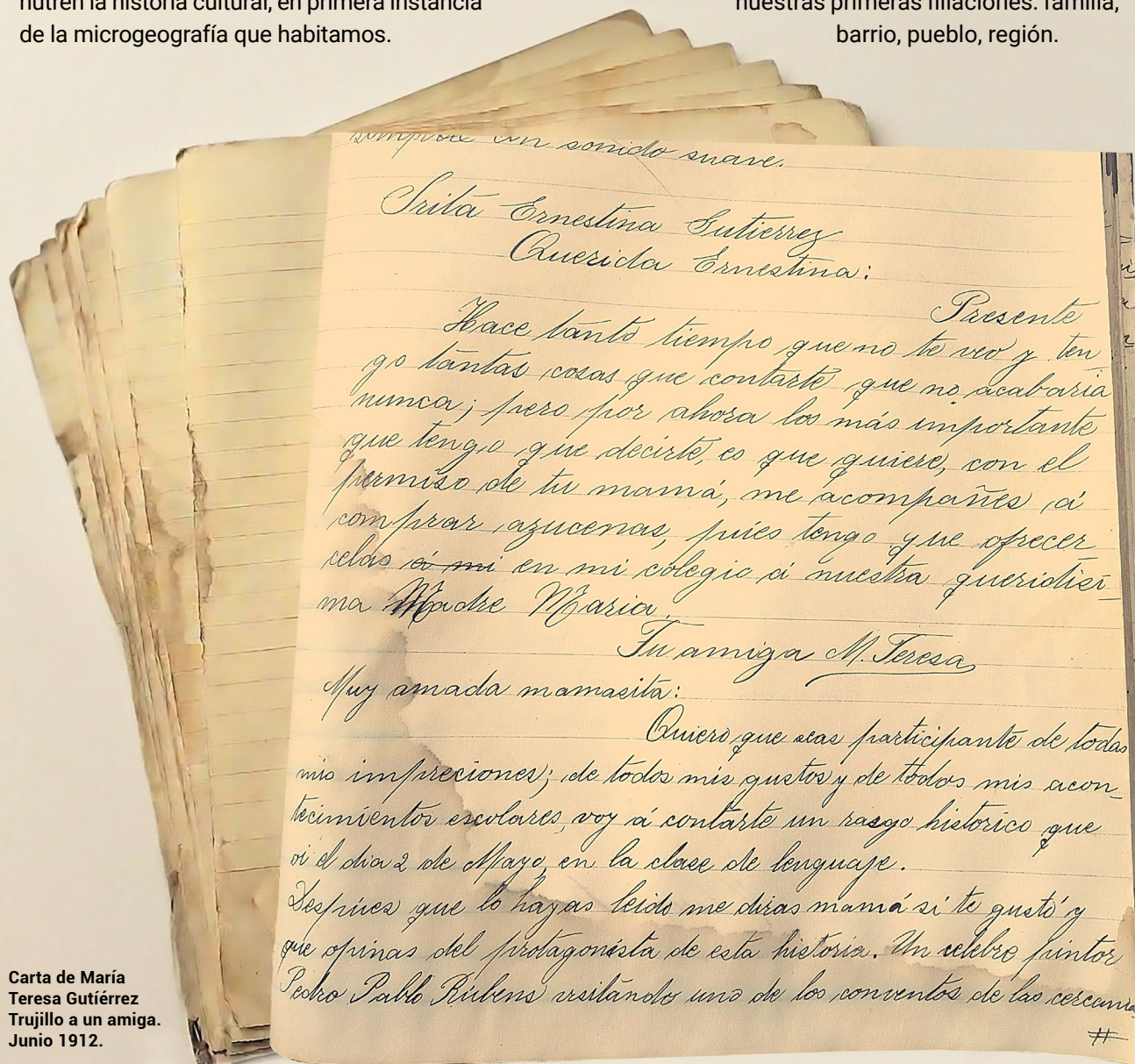
Etnohistoriadora egresada de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, ingresó al INAH en 1972. Su trayectoria incluye actividad museística e investigación académica. Trabajó en el Museo Nacional de Antropología, fue investigadora en la Dirección de Estudios Históricos (1982-1992), directora fundadora del Museo Exconvento de Tepoztlán (1993-2018) y titular del Centro de Documentación Histórica de Tepoztlán (1993 a la fecha). Es autora de varios libros de historia y guiones museográficos para museos del INAH.

Tepoztlán en su propia narrativa

Marcela Tostado Gutiérrez

Los escritos autobiográficos, los relatos que narran lo que otros nos contaron, o aquellos que en diversos formatos recogen una tradición oral de largo plazo, constituyen una valiosa e imprescindible fuente para el registro de la vida cotidiana y por tanto nutren la historia cultural, en primera instancia de la microgeografía que habitamos.

Si bien somos sujetos históricos partícipes en diversos grados de escalas sociopolíticas cada vez más "globales", la riqueza y/o perjuicio que conlleva para nosotros tal condición radica en la forma en que nos adscribimos -en los diferentes ámbitos- a la dimensión de lo local; me refiero a nuestras primeras filiaciones: familia, barrio, pueblo, región.



Carta de María Teresa Gutiérrez Trujillo a un amigo. Junio 1912.

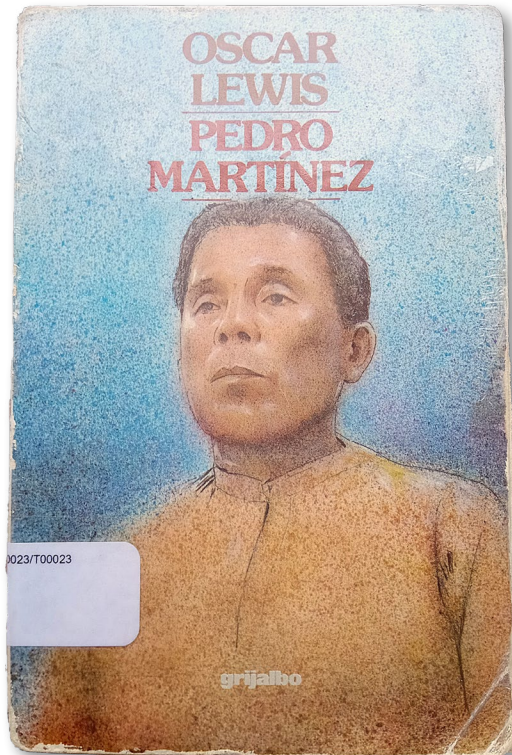
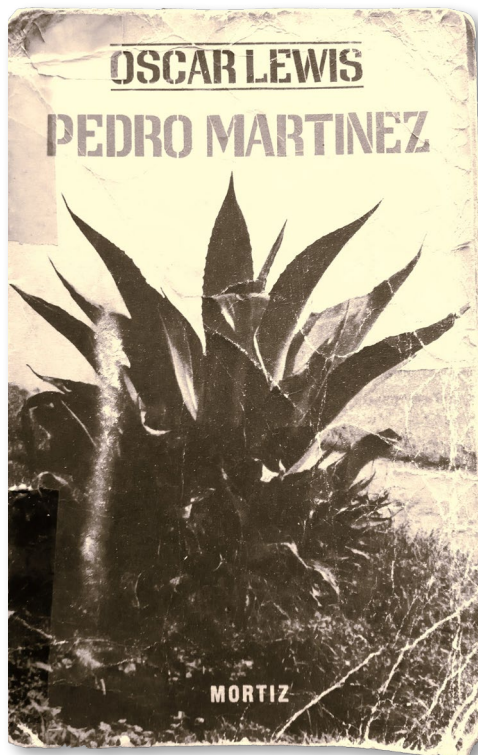


Matrimonio tepozteco, primera década del siglo XX. Fototeca del Centro de Documentación Histórica de Tepoztlán. Foto donada por Eulalia Rojas en 1994.

La especificidad de nuestras circunstancias particulares, de nuestra historia “micro”, nos hace únicos e irrepetibles, de ahí la importancia de no diluirla en el registro de procesos históricos que dan poca cuenta de “nosotros”. Generar testimonios de primera mano y heredarlos a las siguientes generaciones permite enriquecer la memoria histórica, contrarrestar la pérdida de identidad, cohesión y, subrayo: coherencia.

Hace ya más de un siglo el quehacer historiográfico académico revaloró la historia oral y los relatos testimoniales subestimados por la historiografía “científica”, “objetiva”. El feliz encuentro de la antropología y la historia, de los recursos teórico-metodológicos de ambas disciplinas en la llamada “Historia Cultural”¹, abrieron un fértil campo para estudiar la historia desde una perspectiva distinta, la que nos acerca al sentir de sus protagonistas, a sus afanes diarios, a su sentido de vida.

1. Los ensayos de Robert Darton: **La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa** (México, Fondo de Cultura Económica, 1987), y de Carlo Ginsburg: **El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI** (México, Editorial Océano de México, S.A. de C.V., 1998.), son un buen ejemplo de este género historiográfico.



Portadas del libro *Pedro Martínez. Un campesino mexicano y su familia* (ediciones 1968 y 1997).

Quizá como resultado de la permeabilidad de la mencionada tendencia académica en las instituciones culturales oficiales, en los últimos cincuenta años observamos el estímulo a la producción de narrativas generadas en pequeñas localidades por pobladores anónimos (mediante concursos o financiamiento a sus pequeños proyectos testimoniales), así como el reconocimiento y revaloración del oficio de cronista.

Al margen de los concursos o convocatorias que estimulen la producción de relatos, existirá siempre quien sienta la necesidad espontánea de dejar testimonio, de narrar lo vivido: ya sea por haber participado en alguna experiencia significativa cuyo testigo considera digna de registro, o porque se anhela trascender en el tiempo y no caer en el olvido, o simplemente por el gusto y ejercicio de memoriar y compartir lo que hemos vivido.²

2. En este último caso se encuentra, por ejemplo, don Rafael Ayala curandero del barrio de Santo Domingo, Tepoztlán, quien falleció a los cien años de edad. Don Rafael escribió su vida en tres cuadernos manuscritos entregados a la antropóloga Françoise Neff, quien se encargará de darlos a conocer. Destacamos también los mecanoscritos inéditos autoría de Inocencio Rodríguez Flores, entregados al Centro de Documentación Histórica de Tepoztlán para su resguardo. Las memorias de ambos -y las que están aún por escribirse- enriquecerán sin duda la comprensión de la historia local.

Por fortuna el interés por documentar y estudiar la historia y la cultura de los pueblos de Tepoztlán inició desde fines del siglo XIX. La bibliografía al respecto es amplia³ y entre sus autores se cuentan destacados investigadores, viajeros, estudiantes egresados de las universidades y pobladores originarios.

Entre los trabajos de investigación académica destaco aquí el realizado por el acucioso y controvertido antropólogo norteamericano Oscar Lewis (1914-1970), quien a mediados del siglo XX llevó a cabo diversas investigaciones en México⁴ y en particular en Tepoztlán, Morelos. En 1960 publicó **Tepoztlán, un pueblo de México** y en 1964 **Pedro Martínez. Un campesino mexicano y su familia**. Este último consiste en el relato autobiográfico de un tepozteco nacido en 1889, que narra la vida de tres generaciones (la suya, la de su padre y la de sus hijos) en un periodo que abarca desde fines del siglo XIX hasta 1963.

3. La mayor parte de la obra publicada sobre Tepoztlán se localiza en el Centro de Documentación Histórica ubicado en la planta alta del exconvento de La Natividad y se encuentra disponible para la consulta del público en general. El acceso es gratuito.

4. Entre sus obras más conocidas destacan entre otras: **Antropología de la pobreza** (1959), **Los hijos de Sánchez** (1961), **Una muerte en la familia Sánchez** (1969). La cruda realidad registrada en su obra, publicada a mediados del siglo pasado, provocó que el gobierno mexicano la considerara "calumniosa y obscena", y que incluso Lewis se viera orillado a abandonar este país (al que regresó poco después).



Campaña de Federico Campos Lara aspirante a la presidencia de Tepoztlán, 1945. En el extremo derecho "Pedro Martínez". Fototeca del Centro de Documentación Histórica de Tepoztlán.

Durante 20 años (1943 a 1963), Óscar Lewis entrevistó y grabó en cintas magnetofónicas al campesino tepozteco que mantuvo en el anonimato bajo el pseudónimo de "Pedro Martínez". Más tarde Ruth Maslow Lewis, su esposa, transcribió esas cintas literalmente, gracias a ello podemos hoy "escuchar" a Pedro de viva voz, "en sus propias palabras exactas"⁵. En su relato "Pedro" narra la vida cotidiana (la pública, la privada e incluso la íntima) en Tepoztlán durante más de 70 años. Al escucharlo "vivimos" a través de las páginas del libro los procesos económicos, políticos y sociales sucedidos en este pueblo, narrados por uno de sus protagonistas.

5. Lewis, Óscar. **Pedro Martínez. Un campesino mexicano y su familia.** México, Joaquín Mortiz, S.A. 1966. (Primera edición: New York, Random House, 1964).

Los testimonios registrados por Lewis en Tepoztlán constituyen una fuente de información invaluable. Sorprende que el libro sea poco conocido o mencionado entre los interesados en la historia local. ¿A qué se debe esto? ¿A la censura que el gobierno de México ejerció sobre la obra del autor? ¿A dificultades en la distribución de sus primeras ediciones?, ¿O fue la falta de perspectiva multidisciplinaria la que llevó a los historiadores a colocar el libro "Pedro Martínez" exclusivamente en el ámbito de la etnografía?

La mayoría de los actuales habitantes de Tepoztlán interesados en la vida de su pueblo también desconoce la existencia de este libro, cuya lectura mucho aportaría al conocimiento, reflexión y construcción de nuevos sentidos y significados de su pasado y de su actual circunstancia.



Quiero referirme ahora al libro **Tepoztlán, nuestra historia. Testimonios de los habitantes de Tepoztlán**, en el que diecisiete autores⁶ narran diversos aspectos del acontecer en su pueblo, en respuesta a un concurso lanzado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1995⁷. Esta convocatoria invitaba a la población a autocontarse, a relatar su vida o lo que escucharon contar a los abuelos: hechos históricos, leyendas, costumbres.

Tal iniciativa buscaba documentar y difundir la memoria que la población conservaba de sí misma en ese momento. La invitación se abrió a diversos géneros: autobiografía, crónica, compilación, reconstrucción histórica, etc. Así, los textos recibidos fueron híbridos: relatos que trenzan las experiencias de primera mano y el registro de lo escuchado a otros, que recogen elementos de la tradición oral y por tanto de la memoria colectiva.

6. Ernesto Ayala Medina, Urbano Bello Díaz, Sabino Demesa Valdés, Víctor Flores Ayala, Malaquías Flores Pérez, Inocencio Rodríguez Flores, Hermilo Galván Morales, Acela Navarrete Ortiz, Benito Peñaloza Rojas, Domingo Peñaloza Rojas, Mario Antonio Quiróz Acevedo, Ángel Rendón Castañeda, Humberto Robles Ubaldo, José Salazar Garrido, Enrique Villamil Ortiz y Ángel Zúñiga Navarrete.

7. En 2026 se cumplen 30 años de aquella convocatoria, y la posterior aparición del libro **Tepoztlán, nuestra historia. Testimonios de los habitantes de Tepoztlán, Morelos**. México, INAH, 1998. Colección Obra Diversa. Los mil ejemplares de esta edición se agotaron poco tiempo después. El lector interesado puede acceder a la versión digital del libro en este enlace: <https://rb.gy/fzcfcx>

Los 44 relatos recibidos tras la convocatoria documentan las condiciones de vida en Tepoztlán, San Andrés de la Cal y Santa Catarina. Los titulados “Pasajes de mi vida”, “Mi vida, mi familia y recuerdos vagos de mi pueblo”, “Relato de mi juventud”, “Vivencias de un tepozteco”, “Anécdotas de los abuelos”, entre otros, refieren la rutina diaria, las dificultades económicas familiares, las relaciones al interior de la familia, la situación de la mujer, la manera de vivir la infancia, las relaciones entre los sexos, el estatus de los ancianos o “huehuenches”, las relaciones entre los barrios y los pueblos. En su mayoría, estos textos narran a la vida cotidiana como realidad dada sin cuestionar los factores que la determinan.

Los temas mencionados por los autores de **Tepoztlán, nuestra historia** considerando su extensión en el conjunto de relatos son, en orden decreciente: fiestas religiosas, creencias mágicas, trabajo agrícola, lucha por la sobrevivencia, propiedad de la tierra, impacto de la modernidad y medicina tradicional.

Faena de coatéquitl en Tepoztlán, ca. 1940.
Fototeca del Centro de Documentación
Histórica de Tepoztlán. Imagen donada por
Erasmio Rodríguez en 1993.





Palenque de Gallos en Ixcatepec, 1938. Fototeca del Centro de Documentación Histórica de Tepoztlán. Foto donada por Eulalia Rojas en 1993.

Estos relatos evidencian un conocimiento casi nulo de la historia de Tepoztlán y nos permiten identificar hasta qué punto en 1995 sus habitantes conocían y habían hecho suya la información histórica documentada por especialistas (foráneos o locales).⁸ Ciertamente los procesos económicos, sociales y políticos de largo plazo en Tepoztlán se encontraban entonces menos documentados que ahora, y los pocos artículos o libros publicados tenían escasa circulación y pocos lectores.

Las narraciones contenidas en este libro refieren pocos acontecimientos históricos, entre ellos la victoria en 1862 de los tepoztecos sobre “Los Plateados” (bandoleros que azolaban el territorio tepozteco al mediar el siglo XIX); la llegada del ferrocarril en 1897, el levantamiento zapatista, la creación de la llamada Colonia Tepozteca en la Ciudad de México tras la Revolución, el dramático enfrentamiento entre tepoztecos durante el Carnaval de 1928, la visita del presidente Lázaro Cárdenas en 1935 y la construcción de la carretera Tepoztlán-Cuernavaca inaugurada en 1936. Parecería que la memoria histórica se agota en el registro de lo sucedido en los años treinta del siglo XX.

8. El mismo año en que se llevó a cabo el concurso de relatos en Tepoztlán, quien esto escribe, con apoyo de los maestros del municipio, aplicó una encuesta a los padres de familia de las escuelas (su edad promedio se encontraba entre los 20 y los 40 años), sobre la pertinencia de contar con un museo. El resultado obtenido arrojó algunas luces sobre el conocimiento que de su historia tenían: “En su memoria [...] el pasado remoto se desdibuja, constituye un antes carente de fronteras y referencias precisas, una especie de inconsciente colectivo altamente nutrido, del que emergen como puntas de iceberg numerosos símbolos en los que este pueblo ha fincado su identidad”. Cfr. Tostado Gutiérrez, Marcela. “Museo y Centro de Documentación Histórica, Exconvento de Tepoztlán, Morelos”, en: Gaceta de Museos, México, INAH, Junio 1997. No. 6. Esta encuesta demostró la fuerte presencia de leyendas en la memoria del pueblo (particularmente las de Tepoztécatl y Quetzalcóatl); el interés de la comunidad por conocer historias específicas: las de sus cerros, de la pirámide del Tepozteco, del convento de La Natividad, del Carnaval y su personaje central el Chinelo; es decir, la encuesta puso de manifiesto el deseo inmediatista de la población por conocer los símbolos más relevantes de su cultura, de la forma de vida y de las tradiciones sobre las que ha construido su identidad”.

De la segunda mitad de dicho siglo se menciona brevemente la visita del presidente López Mateos, la presencia del jaramillismo en los años cincuenta y de las comunidades eclesiales de base introducidas por el obispo Sergio Méndez Arceo en la década siguiente. Es notable la ausencia de héroes o instituciones en estos relatos, quizá porque se encuentran al margen versión estatal del acontecer histórico.

La memoria oral, sin embargo, elabora su propio “registro historiográfico”. Desde el momento en que una comunidad toma conciencia de sí misma opera en ella una memoria “reconocida”, “articulada”, al margen de las instituciones académicas o gubernamentales⁹. La conciencia de su historicidad incluso se torna vital cuando una comunidad se siente débil o amenazada.

9. “La memoria oficial o institucional no es sólo monopolio del poder y de los grupos y clases dominantes”. Joutard, Philippe. *Esas voces que nos llegan del pasado*. México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, 1986, p.260

En la memoria oral colectiva los acontecimientos sociales pueden tener tres destinos: pasar al olvido; que se les recuerde sin mayor interés o bien que los hechos sucedidos se mencionen espontánea y abundantemente.¹⁰ Los testimonios permiten analizar el funcionamiento de la memoria; lo que por diversas razones se vuelve del dominio común, se da por hecho, se “oficializa”.

Un relato que se repite una y otra vez a lo largo de generaciones puede llegar a considerarse por los pobladores como un hecho “verosímil”, “histórico”. De ahí la necesidad de que al utilizarlo como fuente de consulta historiográfica no perdamos de vista el origen y las motivaciones que lo han hecho perdurar en la memoria hasta “oficializarlo” y legítimarlo, sin que ello garantice su veracidad.

Los hechos que la memoria oral guarda en el marco de su propia lógica y recursos mnemotécnicos, nos dan luz para investigar e intentar comprender las fibras más sensibles, los hilos que vertebran la urdimbre en que la comunidad se teje y concibe su sentido.

La estructura de los relatos compilados en el libro **Tepoztlán, nuestra historia** resulta del orden subjetivo de la memoria individual, que arbitrariamente engarza anécdotas recuperadas por la libre asociación de ideas y recuerdos. Cada relato constituye un interesante registro de asociaciones espontáneas que entrelazan la experiencia personal y la memoria colectiva, en un ir y venir del presente al pasado y del yo al “ethos”.

La información contenida permea subjetividad, porque las emociones le son intrínsecas; en ella se filtran prejuicios y estereotipos que, lejos de descalificar el relato, enriquecen el conocimiento del perfil psicológico, la mentalidad y cosmovisión del grupo al que pertenece su autor. En este sentido también podrían aportar a una posible historicidad de la psicología social, de los estados de ánimo prevalecientes en determinados momentos o épocas, humanizando nuestro conocimiento del pasado de Tepoztlán.

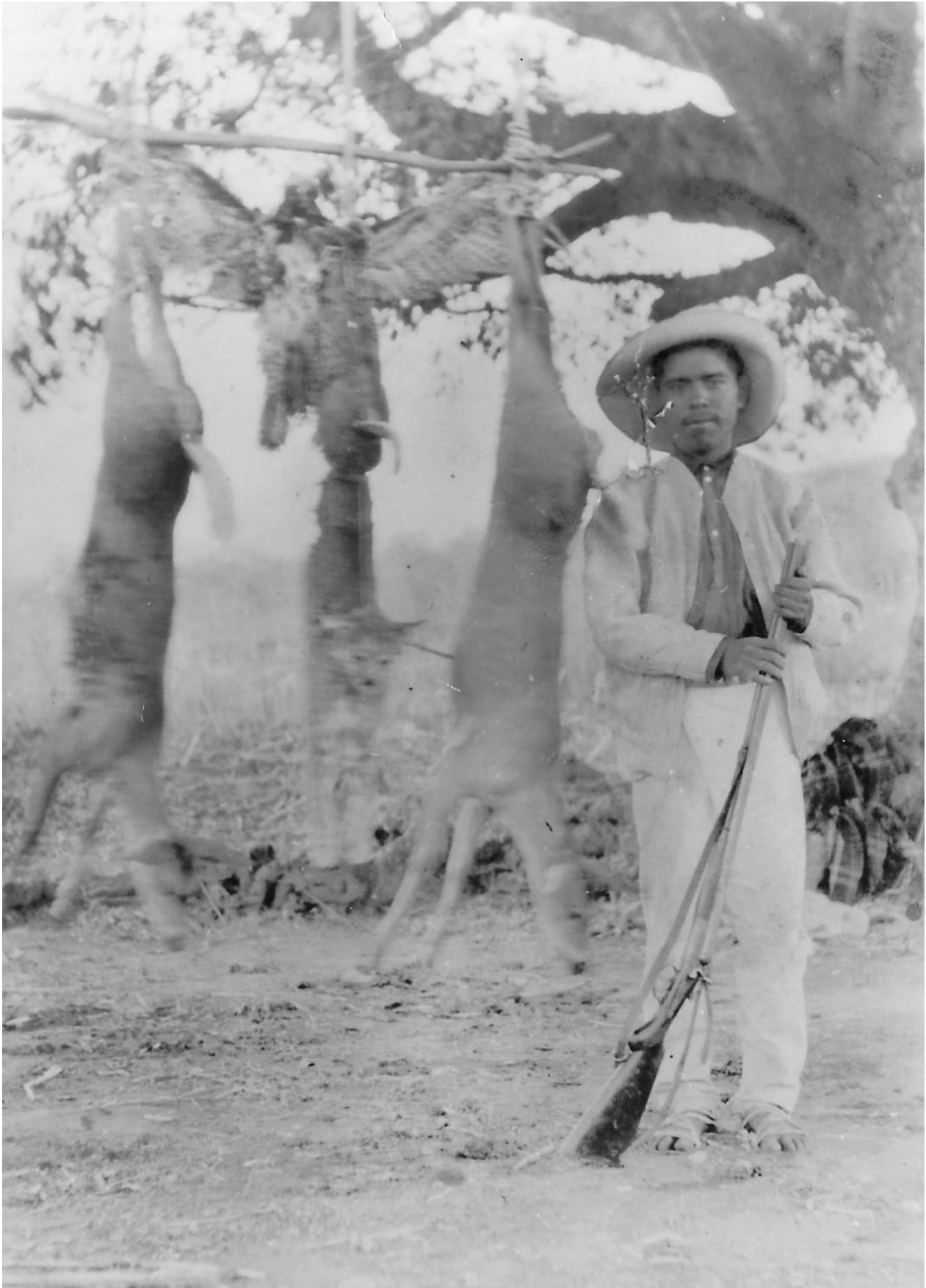
10. *ibidem*. pp.269-271. Cabe destacar -señala el autor- que entre más conciencia histórica tiene una comunidad ésta desarrolla mayor memoria de acontecimientos históricos, aun cuando éstos no hayan incidido de manera directa en las personas.

Cabe resaltar las diferencias entre el relato que surge en el curso de una entrevista grabada (por ejemplo la biografía de “Pedro” documentada por Lewis) y el relato que nace desde el recogimiento e intimidad que por lo general requiere la escritura personal (como los compilados en el libro **Tepoztlán, nuestra historia**). Otro sesgo en el contenido de todo relato (independientemente del modo en que se produzca) resulta de la causa que lo origina: si fue motivación espontánea e independiente o resultado de una invitación. Finalmente, cada relato estará orientado por lo que el testimoniante espera del acto de escribir.

Los autores de los 45 relatos compilados en este libro quizá escribieron motivados por el “premio” simbólico que podrían obtener, o por el reto de competir; lo que es evidente en sus textos es la necesidad y el gusto por contar lo vivido o escuchado, el orgullo de lo propio.



Mujer campesina y grupo de scouts en Tepoztlán, ca 1950. Fototeca del Centro de Documentación Histórica de Tepoztlán. Foto donada por el Dr. Ricardo Loewe.



El tepozteco Feliciano Rodríguez Rodríguez con sus presas de caza, en el territorio colindante con Yautepec, 1925. Fototeca del Centro de Documentación Histórica de Tepoztlán. Imagen donada por Inocencio Rodríguez Flores en 1993.

A lo largo de la historia, en toda comunidad grande o pequeña, rural o urbana, actual o del pasado, los preservadores de la memoria han gozado en mayor o menor medida de reconocimiento y prestigio. Los cronistas han sobrevivido al paso del tiempo. Alfonso Reyes (1889-1959), en una carta escrita a Daniel Cosío Villegas, comentaba: "Es tiempo de volver los ojos hacia nuestros cronistas e historiadores locales... [en ellos] están las aguas vivas, los gérmenes palpitantes."¹¹

En los últimos años la existencia y labor de los cronistas han vuelto a cobrar importancia¹², se ha venido estimulando su trabajo quizá ahora más como resultado de políticas públicas institucionales y programas de gobierno; sin embargo no podemos pasar por alto que todo cronista requiere (y debería) contar con el aval que le otorga su comunidad de origen, esa que lo ha convertido en un depositario de saberes y referencias capaces de orientarla y devolverle su propia imagen.

11. González y González, Luis. **Todo es historia**. México, Cal y Arena, 1997. p.233

12. Cfr. Bejarano Almada, Lourdes, Islava Galvez, Víctor M. y Víctor Hugo Valencia Valera. "El Cronista. Un diplomado para un oficio histórico", **Suplemento Cultural El Tlacuache**, No 1205, 21 de noviembre de 2025. Recomendamos también la lectura de "Tepoztlán, catorce miradas" en: Revista 17 de abril, No.13, octubre de 2025. Respecto a la validación del oficio de cronista señalaba el historiador Luis González y González: "Las crónicas locales gozan la triste fama de estar colmadas de amor al terruño y ayunas de auténtica investigación científica. Los teóricos encuentran la raíz del fenómeno en la falta de profesionalismo de los cronistas locales, lo cual no es del todo exacto". Cfr. González y González, Luis. *op.cit.*, p.231





La Ley Orgánica Municipal del Estado de Morelos establece, en su artículo 74 que en cada municipio existirá, previa convocatoria, un cronista o un concejo de cronistas. En consecuencia, en junio de 2025 el Ayuntamiento de Tepoztlán *“consideró adoptar la figura del Concejo de Cronistas, como órgano colegiado de asesoría y colaboración [...], cuya función se amplía no solo a la difusión de la memoria histórica y cultural, sino también biocultural, de paisajes, de bienes muebles e inmuebles a través de escritos, documentales orales o gráficos[...].”*

Ocho tepoztecos respondieron a esta convocatoria. El pasado 5 de febrero (dos mujeres y cinco hombres),¹³ jóvenes en su mayoría, asumieron el cargo honorario de cronistas de su pueblo.

Como antaño, los nuevos cronistas acuden al relato autobiográfico, al testimonio oral y a la consulta documental. Hace medio siglo Luis González, el impulsor de la microhistoria en México, comentaba: *“los testimonios más frecuentados por el microhistoriador son mínimos [...]* y de difícil acceso”¹⁴ porque su objeto de mayor interés *“la gente humilde y su vida cotidiana”* no deja muchas huellas a su paso. Afortunadamente hoy las nuevas tecnologías y las redes sociales permiten acceder a fuentes de consulta impensables hace apenas unos años: plataformas digitales en las que se comparten tanto archivos familiares (fotos y papeles de familia) como documentos inéditos resguardados en acervos nacionales e internacionales.

13. Lorena Rodríguez Demesa, Yarah Navarrete Ayala, Irineo Díaz Trejo, Marco Georgin Flores Demesa, Elías Navarrete Ortiz, Raúl Demesa Lara y Agustín Romero Navarrete.

14. Luis González y González, *op.cit.* p.232.

Páginas 10 y 11. Marcha en protesta contra la construcción de un club de golf en Tepoztlán, 1995.



Es interesante indagar si en 30 años¹⁵ han variado los temas que interesan a los cronistas de Tepoztlán; hoy destacan, entre otros: la Mayordomía de las Ánimas Benitas, la tradición de “Los Pastores” (cantores que acompañan a los Reyes Magos y amenizan la misa del 24 de diciembre en la parroquia), la cartonería artesanal, la gastronomía vernácula, la Danza de Moros y Cristianos, los Cristos milagrosos, el corrido suriano. Algún miembro del nuevo Concejo de Cronistas introduce el fenómeno del impacto de la “turistificación y gentrificación” de Tepoztlán.

Es revelador que viejos temas persisten en la autonarrativa de Tepoztlán; diversos factores podrían estar incidiendo en este sentido: desde luego la fuerte identidad de sus pobladores, pero también que una posible institucionalización (ideologización) de su memoria vaya anclando en ella personajes y procesos restándole dinamismo. Finalmente, habría que revisar si la definitiva orientación de su economía al turismo está incidiendo en la este-reotipación de elementos culturales, lo que podría conllevar cierta rigidez y empobrecimiento de su memoria.

Si por lo pronto no se avizoran territorios inexplorados, sería enriquecedor entonces formular nuevas preguntas y enfoques a los viejos temas; esto podría activar memorias aleatorias y descubrir nuevos significados.

15. Información tomada de la documentación que presentaron como aspirantes a cronistas honorarios.

Alumna de la escuela José Guadalupe Rojas, década 1930. Fototeca del Centro de Documentación Histórica de Tepoztlán. Foto donada por doña Susana Campos.





Cultura
Secretaría de Cultura



INAH